

Epistolarios de escritores: escritura y persona

«Parezco tardío y premioso en la novela y es todo lo contrario. *La Regenta*, que al parecer me llevó tanto tiempo, la escribí como pocos habrán escrito por lo tocante a la celeridad. Lo que hay es que dedico muy poco tiempo a la materialidad de escribir; en cambio, allá en mis adentros, hago sobre cada tema diez o doce que se me olvidan. Digo esto porque no es elogio propio, sino hasta lo contrario en opinión de muchos. Tendrán razón, la tienen, de fijo, pero de mí puedo decir, que o escribo deprisa o no escribo.»

Este fragmento de una carta de Leopoldo Alas, «Clarín», a su querido amigo el crítico catalán José Yxart es suficientemente reveladora de los entresijos en los que surge una obra literaria, en este caso *La Regenta*. Lo que importa es la novela, evidentemente, pero ante una narración tan magistral como ésta (uno de los hitos de la narrativa española del siglo XIX) es lógico este deseo, no sólo erudito, de conocer todo lo relacionado con su concepción y realización. No hay medio más apropiado para ello que rastrear la correspondencia de la época para formarnos una idea cabal de todo el proceso seguido por el autor.

En el caso de «Clarín» el material es abundante. Periódicas cartas se cruzaban entre el crítico metido a novelista (aunque a la larga haya sobresalido en esta actividad) y los escritores más conspicuos del momento, Armando Palacio Valdés, José María de Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Narcís Oller y Francisco Giner de los Ríos expresan por este conducto su opinión sobre la obra que tímida pero tenazmente les recomienda su autor, al tiempo que se explaya con estos amigos sobre las dificultades con que ha tropezado o sobre las intenciones que hacen correr su pluma.

El conocimiento que todo este material nos ofrece sobre *La Regenta* es imprescindible para su análisis crítico y sabrosísimo para quienes desean profundizar en los aspectos humanos o literarios de su creación. Un estudio reciente de María José Tintoré¹ revela múltiples circunstancias de su escritura y los abundantes juicios que mereció, más elogiosos en las misivas particulares que en los papeles periódicos, aunque su investigación concluye que la acogida que se le tributó estuvo lejos de ser tan fría como siempre se ha creído.

En la correspondencia a que aludimos se aprecia claramente cómo ocultó a sus amigos que se encontraba escribiendo una novela que titularía *La Regenta*, o, al menos,

¹ María José Tintoré: *La Regenta de Clarín y la crítica de su tiempo. Prólogo de Antonio Vilanova. Barcelona, Lumen, 1987.*

casi todo lo relacionado con su contenido; no esconde, sin embargo, su miedo a ser tratado con dureza por quienes recibieron los varapalos que propinaba sin piedad en su cometido de crítico cuando una novela no le placía («¿Con qué cara voy a insultar en adelante a los demás?», pregunta a Galdós en un alarde de sinceridad).

También por el intercambio epistolar llegamos al conocimiento de los juicios que la lectura de *La Regenta* provocaba en sus ilustres corresponsales. Pérez Galdós, por ejemplo, le echa en cara «la preocupación por la lujuria» que trasluce la obra, opinión que explicita con el siguiente comentario: «Bien se me alcanza que toda la vida humana, como la tierra sobre sus polos, gira sobre el pivote del acto de la reproducción de la especie; pero así como en la vida no aparece éste sino en ciertas y determinadas ocasiones, porque la cultura lo disimula y como que quiere aparentar otra cosa, el libro debe a mi juicio ofrecer una veladura semejante».

Parecida apreciación encontramos también en Pereda quien, al lado de algunos elogios, no deja de expresar sus reparos. No aprueba el retrato que el novelista traza de la madre del Magistral, por «la flaqueza repugnante que Ud. le atribuye de proporcionar a su hijo criadas guapas y ponerlas a dormir cerca de él para que todo quede en casa». Concluye la carta dándole la enhorabuena con reservas, «porque al cabo se trata de un libro que en conciencia tengo que ocultar a la curiosidad inexperta de mi hijo mayor, que comienza ahora a reparar en las mujeres guapas y en las obras bien escritas».

Igualmente pacato se manifiesta Menéndez Pelayo, puesto que en su misiva, después de asegurar que la prosa de «Clarín» «ha ganado mucho en precisión, y al mismo tiempo en jugo y en virtud descriptiva», le confiesa que «no me acaban de parecer artísticos ciertos tonos crudos que harán de fijo que las gentes de Oviedo le saquen a Ud. los ojos».²

Pero no es de Leopoldo Alas de quien queremos hablar en exclusiva, sino de la importancia de los grandes epistolarios para formarnos una idea completa de la trayectoria humana y literaria de los más ilustres escritores. Al hilo de sus confidencias y de esa comunicación que fluye espontáneamente con los corresponsales más o menos amigos, se pueden reconstruir las peripecias de una existencia, las intenciones que llevan a la composición de una obra, las dificultades que encuentran en su redacción, los logros y fracasos en relación con los propósitos iniciales, el grado de satisfacción que manifiestan cuando el original es enviado a los editores, su estado de ánimo ante los comentarios o críticas recibidas y tantos otros aspectos que resulta curioso conocer si deseamos adentrarnos en los intrínquilis de un texto.

Los escritores españoles no han sido muy amigos de redactar cartas, como no lo han sido tampoco sus coetáneos de otras profesiones. Lo mismo ocurre con la falta de afición a confesarse con los diarios o a retratarse en las autobiografías y memorias. Parece una tara más de nuestra idiosincrasia, muy propicia a oropeles y vanidades, pero poco amante de ese desnudamiento que escritores de otros países practican sin rubor. Tradicionalmente les ha producido una incorregible vergüenza que sólo han vencido en ca-

² Marcelino Menéndez Pelayo: *Epistolario*. Edición Manuel Revuelta Sañudo. Tomo VII. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1984. Pág. 86.

sos aislados o para justificarse ante sucesos que les sobrepasan (verbigracia, los que vivieron y sufrieron la guerra civil).

En el caso de la ausencia de cartas pienso que deberíamos referirnos también a la pereza que nos invade ante esta forma de expresión. Nunca encontramos el momento apropiado para confiar al papel los juicios o notas que deseamos transmitir. No es que se rechace por principio este sistema, sino que lo postergamos para momentos alegres si estamos decaídos o para instantes más sosegados si nos hallamos excitados por la tensión de los acontecimientos. Si no hay más remedio que ponernos a ello, lo confiamos todo a una breve esquelita que nos hace salir del paso de cualquier manera. «Otro día te escribiré más pausadamente...», mentimos. Porque ese día no llega nunca.

Otras razones apoyan tamaña pereza y dejadez. Por un lado, la propensión que manifestamos los españoles hacia la conversación: la comunicación oral prima sobre cualquier otra y fluye caudalosa en cualquier circunstancia y frente a cualquier prisa. Por otro, el respeto que sentimos hacia el papel impreso nos ha dominado en toda época: esa desconfianza aldeana a lo que se notifica por escrito inhibe muchas voluntades que no se atreven a exponer así los pensamientos o deseos más íntimos. *Scripta manent*, piensan muchos para sus adentros, y se escudan tras el recelo ancestral que les hace maliciarse del uso que pueda darse a las palabras que en un raptó de sinceridad desahogamos sobre el papel.

Son comportamientos que resultan incomprensibles en otros países con mayor tradición epistolar, con menor capacidad de relacionarse y confesarse con desconocidos. El impudor ante la revelación de intimidades no se vive allí como una transgresión pecaminosa que es un poso más de la cultura judeocristiana que nos sustenta, sino que el desnudamiento se efectúa de forma espontánea y no culpabilizadora.

Antes de su muerte, el escritor británico E. M. Forster, de quien son tan conocidas las novelas *Un pasaje a la India* y *El más largo viaje* como su homosexualidad, entregó al biógrafo que se había interesado por componer el relato de su existencia, un valioso material que incluía los diarios que había ido redactando durante años y la voluminosa correspondencia que conservaba. «Así ya se puede trabajar», nos comentaba admirativo el hispanista Ian Gibson que llevó dos décadas tratando de aquilatar al máximo todos los datos de interés en torno a Federico García Lorca y quien daría media vida por encontrarse sobre su mesa con todas las cartas que escribió o recibió el genial poeta granadino.

No hace mucho³ el académico Julio Caro Baroja se lamentaba públicamente de una carencia: la del género «curioso y peregrino», como definía al epistolar. Sin embargo, señalaba algunas excepciones, la de «algunas gentes que en el pasado siglo y a principios de éste gustaron de escribir y recibir cartas». Citó el caso de Unamuno (del que afirmó que su correspondencia era incalculable), Ortega y Giner de los Ríos. Deploró que otros escritores —entre los que se incluía— hubieran sido tan sobrios en este menester.

De tres escritores que afortunadamente no fueron sobrios en la aproximación escrita

³ En la presentación de la editorial *El Arquero* (15 de diciembre de 1987), cuyo primer libro es el que contiene la correspondencia entre Unamuno y Ortega, que más adelante comentaremos.